

LECCIÓN 37 - OCTAVO

El mundo no es fruto de una casualidad

Los relatos de la creación no ofrecen ninguna respuesta a las preguntas

científicas sobre el origen del mundo, cuánto tiempo duró la formación o su composición física y biológica. Lo importante en la Biblia no es cómo creó Dios el cielo y la tierra, sino que fue Él quien los creó. En otras palabras, el mundo en el que vivimos no es fruto de una casualidad. La Biblia recalca que hay una voluntad divina detrás de la existencia del universo. El mundo fue creado y sigue existiendo por algo fuera de sí mismo. Y ese algo no es una fuerza impersonal, sino el poder de un Dios personal.

Cuando las ciencias naturales modernas muestran la evolución desde los principios hasta hoy, un cristiano entiende que se trata de una descripción humana de la actividad de Dios en calidad de creador. Dios no sólo creó algo de nada, sino que lo creó de tal manera que lo creado tuviera posibilidades de desarrollo. La evolución forma parte de la creación. Si miramos hacia atrás al relato cosmocéntrico de la creación, vemos que nos ofrece una imagen dinámica de la misma.

Dijo luego Dios: «Brote la tierra seres animados según su especie, ganados, reptiles y bestias de la tierra según su especie». Y así fue. Hizo Dios todas las bestias de la tierra según su especie, los ganados según su especie y todos los reptiles de la tierra según su especie. Y vio Dios ser bueno (Génesis 1, 24-25).

El creador del ser humano Y creó Dios al hombre a imagen suya. (Génesis 1, 27)

También la creación del ser humano está descrita de dos maneras diferentes en el primer y segundo relato del Génesis:

(A) Díjose entonces Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza para que domine sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados y sobre todas las bestias de la tierra y sobre cuantos animales se mueven sobre ella». Y creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios le creó, y los creó macho y hembra (Génesis 1, 26-27).

(B) Formó Yavé Dios al hombre del polvo de la tierra, y le inspiró en el rostro aliento de la vida, y fue así el hombre ser animado. Y se dijo

*El libro de las religiones . Autores: Jostein Gaarder. Victor Hellern. Henr Notaker . Traducción del noruego de Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo. Editorial Sirueala.

Yavé Dios: «No es bueno que el hombre esté solo, voy a hacerle una ayuda

semejante a él». Y Yavé Dios trajo ante Adán todos cuantos animales del campo y cuantas aves del cielo formó de la tierra, y para que viese cómo los llamaría, y fuese el nombre de todos los vivientes el que él les diera. Y dio Adán nombre a todos los ganados, a todas las bestias del campo; pero entre todos ellos no había para Adán ayuda semejante a él.

Hizo, pues, Yavé Dios caer sobre Adán un profundo sopor, y dormido tomó una de sus costillas, cerrando en su lugar la carne, y de la costilla

que de Adán tomara, formó Yavé Dios a la mujer, y se la presentó a Adán. Adán exclamó: «Esto sí que es ya hueso de mi hueso y carne de

mi carne. Esto se llamará varona, porque del varón ha sido tomada». Dejará el hombre a su padre y a su madre; y se adherirá a su mujer; y vendrán a ser los dos una sola carne. Estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, sin avergonzarse de ello (Génesis 2, 7 y 18-25).

Antropólogos, filósofos, científicos y poetas han aportado visiones muy diferentes sobre la naturaleza del hombre. Y todas las religiones tienen su propio concepto sobre el ser humano.

Lo esencial para el cristiano es que el ser humano no haya sido creado por casualidad, como si fuera un subproducto. Ya en el relato de la creación se subraya que el humano es el resultado del poder y de la voluntad de Dios.

Esto contribuye a explicar la fe cristiana en el valor de cada individuo. No flotamos en el vacío. Los humanos tenemos un padre común en Dios, y dado que cada uno de nosotros hemos sido creados por él, todos somos igual de valiosos.